

y el del báculo San Ambrosio... Esta puertecilla es la del tabernáculo y tiene máquina para abrirse sin que intervenga el parecer obra humana... Vean qué linda imagen de la Concepción: es toda de bronce vaciado y la hizo el mismísimo Tolsa... Costó treinta y dos mil pesos, y un gringo á ofrecido por ella lo que pese en plata... Bajen con cuidado, que está algo obscuro: aquí yacen enterrados los señores obispos... Este es el señor Garcés, que está convertido en momia; bésenle el pastoral, que la mano está como de persona viva; este es el señor Talavera; este el señor Mota, mexicano, que regaló una imagen de la Asunción, unas andas de plata para el Divinísimo y cincuenta mil pesos para ornamentos: era santo... Aquí está el señor Escobar y Llamas; aquí el señor Mañosca... este es el lugar del señor Biempica; esotro el del señor Pérez... aquí descansa el señor Vázquez, á quien debe México el tener obispos...

Salieron de la cripta y el oficioso viejecillo les llevó capilla por capilla á la sacristía, á la sala capitular y al cofre.

— Este es el altar de la Virgen de la *Antigua*: aquí guardamos la custodia que llaman la *torrecilla*, que tiene dos varas, cinco sesmas de alto y pesa ciento cincuenta y siete marcos seis onzas. Es pieza riquísima, pero se tiene bajo siete llaves por temor á las *manos vivas*, que pueden declararla de *manos muertas*...

Esta, es la capilla de San Nicolás Obispo; esta la de la *Sábana Santa*; esta otra, la de la Soledad... Sigue aquí el altar de los Reyes... Esta pintura es de Baltasar de Echave el mozo... aquélla es de Arteaga... miren ustedes qué angelitos: parecen de relieve... este ornamento costó treinta mil francos; lo trajo de París el señor Vázquez...

Pero los visitantes no podían más y pidieron misericordia: la necesidad de decir frases de admiración, la madrugada y el movimiento les habían ahilado el estómago y se sentían desfallecidos. Tampoco podía más el viejecillo; pero no por falta de alimento: bien sabía Dios que antes de venir á la catedral se había bebido una buena taza de chocolate y la correspondiente escolta de bizcochos. Lo que no dejaba sosegar al sacristán era una inmensa curiosidad que se le manifestaba con un terrible dolor de clavo que le cogía desde el ojo izquierdo hasta la mejilla, abarcándole el párpado, la pupila, la piel del carrillo y aun la nariz, que parecía se los desprendían con un bisturí.

— Santo Cristo del judío, Madre mía de la Manga, Virgen de la Defensa, ¿cómo haré yo para saber quiénes son estas personas? Ellos tienen cara de buenas gentes; pero vaya usted á saber... ¿Serán hermanos? Hermanos no son; clarito se ve que no vienen de la misma sangre... y si no son hermanos, ¿qué parentesco tienen? ¿Serán

marido y mujer?... ¿Y si no fueren casados? ¡Jesús, qué atrocidad! hacer juicios temerarios... Creyó el investigador que mostrándose abierto y nada reticente, conseguiría saberlo todo, y empezó á hablar así:

— Yo soy Bernabé Sedeño, casullero de esta santa iglesia catedral... Empecé de niño de coro y canté hasta los diez y seis años; dicen que era una delicia el oirme, porque tenía una voz muy bella y que conmovía á las gentes... El racionero, señor Rascón, quería mandarme á Roma, al lado del señor Vázquez; pero me atacó una enfermedad de garganta y me quedé áfono; la novena de señor San Blas y los polvos de flor de azufre me sanaron después de Dios... A los veintidós años me casé y seguí dedicado á cuidar las alhajas del tesoro; luego me hicieron guardián de la ropa, y ahora vivo temeroso de que pase algo en la catedral y aun que me acontezca á mí mismo... ¡Nos persiguen tan duramente á los del clero!... Mas sea cual fuere mi situación la pongo á la orden de ustedes, pues soy su criado muy obediente.

Miguel dijo:

— Yo me llamo Miguel Caballero de los Olivos, y esta es mi mujer y se llama Eugenia... Nos casamos hace dos meses y ahora venimos, yo á unirme á las fuerzas que defienden la plaza contra los franceses, y ella á acompañarme para saber mi suerte.

— ¿Por acaso es usted militar, señor de los Olivos?

— Militar soy, aunque no con muchos servicios: tres meses hace que recibí el grado de subteniente que me confirió el señor Doblado.

— Ah, mire usted, gruñó el casullero, no queriendo celebrar ni lamentar el caso, y encontrando excelente aquella fórmula para manifestarse incoloro.

— Ahora aguardamos al mozo que ha ido á buscar un mesón para mí, y para Eugenia una casa de recogimiento de señoras solas, de monjas exclaustadas ó de familia respetable que acojan á la pobre, que es muy



niña, mientras yo voy á las trincheras y si se ofrece corro la ceca y la meca.

Sintió el viejecillo algo como un desvanecimiento al ver que se le venía á las manos la coyuntura que buscaba para mostrar su oficiosidad y para satisfacer su afán de nuevas, y pensó lleno de satisfacción.

— ¡Pobrecillos! De él podría jurar que es un infeliz obcecado que viene á ayudar á estos infames carbonarios, nada más que por el aquel de las palabras bonitas de patria y libertad... Pero que me le coja el padrecito Grajales, que me le dé una agarrada en asuntos de teología, y ya puede contar con que la semana que viene está al lado del señor Márquez... Ya me figuro la cara que ha de poner y la manera con que ha de formular el *mea culpa*. En cuanto á la muchacha, es preciosa; con esos ojos de violeta, como llaman á esas flores que trajo de las Europas el heresiarca Alconedo, y con esa cinturilla que parece se va á quebrar, no hay que suponer que sea una perdida ni una tunanta... Buena es y buena seguirá siendo siempre... Y bien se conoce que los pobres vienen angustiados de dinero... Quién sabe que será; pero tengo un ojo médico admirable para estas cosas: al mirarlos noté que tenían más de pobres y de buenos que de otra cosa... Y como resultado de aquella serie de razonamientos, exclamó en voz alta:

— Señor Olivos, no crea usted que le cojo por sorpresa; pero se me ocurre que no ha de ser desagradable para usted lo que voy á proponerle. Mi casa (que es muy de ustedes, ya se lo dije) es la que necesitan... Allí no hay entrantes ni salientes, militares ni asimilados... Eclesiásticos, madrecitas exclaustradas, dos ó tres familias pacíficas y tranquilas será lo que usted encuentre... La señora estará allí sola y acompañada; es decir, podrá tener sus habitaciones en que estará como una reina, y disfrutará al mismo tiempo de la compañía de los otros huéspedes... ¿Que está enfadada ó triste ó sin deseos de hablar?... Chirrín, chirrín... vuelta á la llave é incomunicación absoluta... ¿Que el cuerpo le pide conversación, ó buen humor? Pues baja á mis cuartos ó á los de cualquiera de los vecinos y allí puede reirse, charlar hasta por los codos y hasta oír una que otra cancioncilla honesta; eso sí, que allí va de visita y casi vive y mora un estudiante de derecho que es lo más gracioso del mundo y que se llama Tirso Rafael Córdova... Conque ¿qué dice usted señor oficial?

— Digo, respondió Miguel, que estoy conforme, más que conforme, encantado, y que veo el cielo abierto con la cristiana propuesta de usted, pues lo único que me afligía era el destino de esta pobrecita, que ignoraba donde había de vivir... Batirme, quedar herido, sufrir todas las penas del mundo, nada me importa; á eso venigo

si es menester; pero que á lo menos tenga la seguridad de no dejar abandonada entre extraños á esta niña que ha querido ser mi compañera en próspera y adversa fortuna.

El casullero ya sentía que el dolor de clavo se le iba; pero en cambio conocía que empezaba á estrangularle un nudo en la garganta que, apretando, apretando, le hacía lanzar por las puertas de los ojos un raudal de lágrimas que le aliviaba.

— No tema usted, decía entre babas, mocos, suspiros y jipíos; todo ha de salir bien, y si no sale, ya veremos de componerlo de la mejor manera posible... No tema usted... Y ya más sereno añadió: la casa es un primor: número catorce de la calle Sola, á un paso de la iglesia de la Concordia, á otro de la portería de Santa Inés, y á dos pasos de las Capuchinas, el Carmen y la Concepción... Además, en las cercanías está el baño de la Limpia, por si la señora gusta de tomar cada quince días ó cada mes (que más frecuentemente no hace provecho) un bañito de aseo en un *placer* de los que hay allí y que tienen una agua tan rica que da gloria verla.

Eugenia contemplaba al vejete con admiración, y acabó por preguntarle lo único que ella deseaba saber y que se figuraba conocería al palmo persona tan docta y despejada.

— ¿Señor, qué, habrá guerra?

Sedeño, desvestido ya de las ropas eclesiásticas, caminaba suave y pausadamente por el patio de la Catedral, cerca de los Santos Angeles que allí se encontraban en perpetua adoración.

— ¿Ve usted, dijo, esa torre, y señaló la perfilada de la izquierda, á la sazón cubierta por un celajillo que se había enredado á la cruz como vellón de la blanca lana de las cabrillas que tanteó el escudero de la Mancha, ve usted esa torre? Pues á la hora que la vea inclinarse, rasar el suelo y volver á empinarse, empezará la defensa de la ciudad contra los franceses... Figúrese usted, los primeros soldados del mundo, los héroes de Sebastopol y San Martino, batidos por estos indios desarrapados...

— Sin embargo, repuso cortésmente Miguel, se están artillando los puntos defendibles y...

— Fórmula, pura fórmula, observó el de los pies tembleques, deteniéndose á fin de continuar su discurso, añagaza de que se valía para tomar descanso; pura fórmula. Se dispararán dos ó tres tiritos, y en paz. Luego vendrán las banderas blancas, los ayudantes corriendo á toda prisa, los tratados con infinidad de artículos y la entrada con repiques, músicas, flores y aclamaciones... Eso, ya es cosa convenida...

— Pues por Dios que si tal sucede, bramó furioso el de los Olivos, no será sin que me separe de esta farsa. Yo vengo á pelear y no á intervenir en faramallas.

— ¡Haya paz, joven, haya paz! exclamó Sedeño guiñando su ojuelo verde que parecía una uvilla pelada; haya paz, que al fin usted no ha de regenerar el mundo; los juaristas llegaron ayer después de pelear en las Cumbres de Acultzingo; dicen que triunfaron; pero, la verdad yo no sé qué triunfo sería ese si llegan á encerrarse á Puebla... Dios dirá... Y ahora, sírvanse pasar á su casa; esta es, porque vivirán en ella y porque ya vivo yo.

- Y entraron en la casuca.



CAPITULO II

En la casa

RENUEVA, oh musa, el victorioso aliento para que recuerde los particulares de aquella casa, en que se desarrollaron tantísimos lances dignos de conservarse por la Clío pequeña que debe de haber para narrar los bajos hechos de los héroes de talla minúscula.

Nada atraía las miradas sobre el edificio; era vasto, triste, veteado aquí y allá del musgullo verdinegro que deja la lluvia, y coronado por media docena de enormes gárgolas que representaban rostros de endriagos ceñudos y malhumorados. Suelen decir que las ventanas son á las fachadas de las casas lo que los ojos á las personas; si tal cosa fuera cierta, habría que convenir en que aquel caserón era tuerto, ó que por lo menos veía mal: una ventana de buen